

## Capítulo IV

# Hogares en consolidación. Descripción y análisis de un equilibrio precario

Paloma Paredes Bañuelos

### INTRODUCCIÓN

En este capítulo se discute hasta qué punto los factores de precariedad de los hogares —por ejemplo, la escasez de empleo— pueden llegar a desvanecer las ventajas con las que, en principio, contarían los hogares que transitan por la etapa de consolidación del ciclo doméstico. El fin de la etapa (biológicamente) reproductiva del hogar y el aumento de miembros productores con respecto a los consumidores de la unidad doméstica no bastan en sí mismos para fortalecer su economía. Las estructuras de oportunidades disponibles para muchos hogares no aseguran la estabilidad laboral ni la disponibilidad de empleo, mientras que los hijos con actividades remuneradas suelen destinar la totalidad o gran parte de sus ingresos a la satisfacción de necesidades propias —a menudo consistentes en bienes de consumo no esenciales para las economías domésticas.

Por otro lado, la aportación del trabajo asalariado al hogar por parte de los hijos implica en muchos casos la renuncia de estos a continuar sus carreras escolares, lo cual merma sus posibilidades de empleo y bienestar futuros. En este sentido, un hallazgo de particular importancia es que, en los hogares donde los incentivos monetarios de Oportunidades logran de hecho revertir esta situación mediante la continuidad escolar de los

jóvenes, se prolonga la etapa de expansión del ciclo doméstico con la consecuente postergación y acortamiento de la etapa de consolidación y sus supuestos beneficios en términos de equilibrio económico.

El material de análisis para el presente capítulo lo proporcionan, entonces, aquellos hogares que se encontraban en la etapa de consolidación del ciclo doméstico en el momento en que se llevaron a cabo las distintas evaluaciones cualitativas del Programa Oportunidades.

Puesto que la investigación general pretende

dar a conocer los elementos para explicar las diferencias en el aprovechamiento de los apoyos del Programa, privilegiará el análisis de distintos tipos de hogares, con diferencias en su estructura y organización doméstica y con distintos tipos de apoyos del Programa Oportunidades: 1)hogares muy jóvenes, con un marcado desequilibrio entre los miembros generadores de ingresos y los dependientes; 2)hogares viejos, con presencia de ancianos; 3)hogares de jefatura femenina y 4)hogares en etapa de consolidación con economías más firmes dado el mayor número de generadores de ingresos y un monto elevado de apoyos de Oportunidades. (González de la Rocha, 2006: 10).

Así, la definición del cuarto tipo de hogares supone que las economías de éstos son más sólidas que las de los otros ya que cuentan con la fuerza productiva de más miembros del hogar y porque adicionalmente reciben transferencias monetarias mayores por parte de Oportunidades. Gracias al análisis de este conjunto de hogares será posible demostrar que si bien algunos estudios de caso confirman que la etapa de consolidación acarrea ventajas a las familias que pasan por ella, muchas otras dentro del mismo grupo enfrentan condiciones adversas que impiden que su composición, su ciclo y su pertenencia al Programa sean elementos suficientes para catalogarlos como hogares mejor capacitados para sobrevivir que otros en etapas anteriores o posteriores.

A lo largo del capítulo se exponen las distintas características que existen entre hogares que transitan por la misma etapa de su ciclo doméstico, que

explican su mayor o menor bienestar y que definen el beneficio proveniente de los apoyos del Programa Oportunidades.

El trabajo comienza con la exposición general de las características del grupo de hogares en los que se basó el análisis y explica los criterios de selección de casos. El siguiente apartado se ocupa de contrastar las características que la teoría atribuye a los hogares en etapa de consolidación con las características que presentan los hogares de este tipo estudiados por nuestras evaluaciones. La descripción del contexto en el que se desenvuelven estas familias, para ubicarlas en la geografía nacional y señalar la presencia de factores externos que limitan o potencian las capacidades de acción de los grupos domésticos, es el objetivo de la tercera parte del análisis. El siguiente apartado analiza las relaciones sociales de los hogares estudiados y resalta la importancia del apoyo familiar sobre otro tipo de ayuda externa al grupo doméstico. Por último, se dedica una sección al análisis del impacto concreto de Oportunidades en los casos abordados; aquí se comparan los hogares beneficiarios con los no beneficiarios y a todo el conjunto de beneficiarios según su año de incorporación al Programa. A manera de conclusión, el último apartado recoge los hallazgos más significativos del capítulo y plantea preguntas relacionadas con el futuro de los hogares y del propio Programa.

## LOS HOGARES ESTUDIADOS

Según la clasificación expuesta por Mercedes González de la Rocha, es posible identificar tres etapas del ciclo doméstico; la etapa de consolidación o equilibrio corresponde a la segunda de éstas en términos cronológicos. La característica más importante de esta etapa es la capacidad de la unidad doméstica para conseguir mayor equilibrio económico en comparación con la fase de expansión que la precedió. En este momento del ciclo, los hijos se encuentran listos para trabajar y participar en la economía doméstica ya

no sólo como consumidores, sino aportando ingresos como asalariados o trabajadores al hogar (González de la Rocha, 1994: 25).

Esta clasificación fue la misma que siguió la investigación presente para dividir los estudios de caso de hogares realizados a lo largo de los últimos cinco años por el equipo evaluador del CIESAS Occidente. Puesto que las etapas de expansión y consolidación de los hogares no están tan claramente separadas en la realidad, fue necesario tomar en cuenta algunos elementos clave para diferenciar unos de otros.

Los hogares en consolidación o equilibrio debían cumplir al menos con uno de dos criterios de selección: 1) por su edad o por decisión propia, el núcleo conyugal había terminado su periodo de reproducción; 2) al menos uno de los hijos solteros trabajaba fuera del hogar y reducía de esta manera la carga económica que antes recaía sólo en los padres.

Según una tabla inicial<sup>1</sup> que concentra información básica sobre 249 estudios de hogares realizados del 2002 al 2005, los hogares en etapa de consolidación son 32. La información que recoge esta tabla de cada hogar es la siguiente: nombre de titular, comunidad, municipio, estado, región (norte, centro, sur), tipo de localidad (rural, semi-urbana, urbana), status respecto del Programa, tipo de apoyo (alimentario, educativo), jefatura (femenina, masculina), estructura (nuclear, extensa), etapa del ciclo doméstico (en expansión, consolidación, dispersión), año de ingreso a Progresas/ Oportunidades, y año de evaluación.

A partir de estas categorías tenemos que 24 hogares se ubican en localidades de tipo rural, cuatro en localidades semi-urbanas y cuatro en localidades urbanas. 11 hogares pertenecen a la zona centro del país, 12 a la zona norte y nueve a la zona sur.

Respecto de su status en el Programa Oportunidades, tenemos cuatro hogares que nunca fueron beneficiarios, uno dado de baja y 27 beneficiarios. Dentro de los hogares beneficiarios, ocho pertenecen al Esquema Diferen-

<sup>1</sup> Realizada por Juárez Bolaños (2006). Esta tabla no incluyó los estudios de caso de 2001, los cuales elevan la cifra total de los mismos a 252.

ciado de Apoyos y cuatro de éstos no recibían transferencias monetarias. Es decir, que del conjunto total de hogares en consolidación, nueve no recibían apoyos monetarios al momento de las evaluaciones y 23 sí los tenían, ya fueran sólo para alimentación, para becas educativas o ambos tipos de apoyo.

En cuanto a la estructura y jefatura de los hogares, tenemos que 10 son extensos y 22 nucleares; ocho son de jefatura femenina y 24 de jefatura masculina.

Según el año en que fueron incorporados a Oportunidades, contamos con la siguiente distribución de los hogares: cinco ingresaron al Programa en 1997, 11 en 1998, tres en 1999, dos en 2000, dos en 2001, tres en 2002, uno en 2003 y cinco no habían sido incorporados hasta la última visita de campo en 2005.

Dentro de los 32 estudios de caso mencionados se hallaron algunos errores de inclusión en términos del Programa, es decir, hogares que por sus condiciones de vida no deberían pertenecer al padrón de beneficiarios; sin embargo, se decidió incluirlos en el análisis para identificar aquellos elementos que los fortalecían y que, en dado caso, los harían merecedores de su baja del Programa pero que por oposición ayudaban a definir los elementos de vulnerabilidad de los hogares más pobres del conjunto.

## DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE UN EQUILIBRIO PRECARIO

Es bien sabido que los “tipos” o categorías analíticas no pretenden agotar de una vez por todas los fenómenos que describen. Su construcción es el resultado de un proceso dinámico, inacabado, que auxilia para ver la realidad con algún referente y que a la vez necesita de ella para construirse a sí mismo. El peligro de la utilización de tipos consiste en aferrarse a ellos para encontrar en los hechos elementos que confirmen lo que los modelos proponen. Sin embargo, cotejar una propuesta conceptual con un evento que no cuadra del todo alienta el espíritu crítico que busca justo esas inconsistencias y dudas para avanzar en el proceso del conocimiento.

La hipótesis que dirige este análisis descansa en una concepción cíclica de la reproducción social, plantea que los hogares que transitan por la etapa de consolidación o equilibrio gozan de una situación de ventaja en comparación con los hogares cuyas responsabilidades económicas dependen de menos miembros del grupo; también están en mejores condiciones que aquellas unidades en las que los hijos se independizan y cesan su colaboración tanto económica como la que tiene que ver con la organización doméstica. Además de esta ventaja propia del ciclo doméstico, la hipótesis de investigación supone que los hogares consolidados de nuestro estudio tienen una adicional porque los apoyos del Programa Oportunidades son superiores, ya que el nivel escolar de los hijos becarios “debería ser” mayor también.

La revisión de los 32 estudios de caso de hogares consolidados permitió reconocer que, si bien la lógica cíclica en que descansa la hipótesis acarrea “beneficios” a estas familias, ésta no es suficiente para definir un escenario sólido o equilibrado ya que están en juego muchos más elementos tanto al exterior como al interior del núcleo que impiden el despunte —aunque sea momentáneo— de las familias.

La definición del momento en que un hogar transita de su etapa de expansión a la de consolidación es difícil de identificar; en la realidad los procesos de cambio no son tan claros como la teoría sugiere. El primer contraste entre la propuesta teórica y los casos disponibles plantea el problema de la coincidencia en términos de composición del hogar. Es decir, se esperaría que por definición los hogares consolidados estuvieran formados por un matrimonio en donde la mujer rondara los 40 años de edad y que, por lo tanto, hubiese culminado su etapa fértil; aunado a esta característica estaría el hecho de que los hijos del matrimonio deberían tener edad suficiente para participar como proveedores de ingresos. No obstante, sólo en contadas ocasiones estos dos elementos coincidían en los estudios revisados.

Se encontraron, por ejemplo, hogares donde el matrimonio había decidido no tener más hijos y en consecuencia tomaba las precauciones necesarias; sin embargo, los hijos aun eran pequeños y no participaban como proveedores de ingre-

sos aunque el periodo reproductivo del matrimonio hubiese llegado a su fin. En términos teóricos la unidad comenzaba su etapa de equilibrio, pero en la práctica seguía funcionando como un hogar en expansión en donde las responsabilidades económicas recaen en uno o dos miembros del hogar; en tales condiciones, no es posible apreciar las ventajas atribuidas a un hogar en etapa de equilibrio.

A pesar de no ser la mayoría, se hallaron grupos domésticos en los que se conjugaban los elementos de ventajas propias de la etapa doméstica bajo análisis: existía mayor participación económica por parte de los miembros del hogar y la etapa reproductiva había quedado atrás. La pregunta es si estas características son suficientes para asegurar el bienestar de los hogares, o si una economía equilibrada se explica por la presencia de estos elementos. El análisis mostrará que el nivel de solidez o precariedad de los hogares se define por la combinación de un gran conjunto de factores entre los cuales se incluye, por supuesto, la etapa del ciclo doméstico aunque ésta no puede de ninguna manera ser la única explicación ni la de más peso.

El caso de Juan y Elida, en Cañada Ancha, Coahuila, reúne las características que la teoría espera de una unidad doméstica en consolidación. Se trata de un hogar de siete miembros donde cuatro de ellos aportan ingresos, los hijos están en condiciones de apoyar en las labores domésticas, hay sólo una estudiante y, por ser beneficiarios de Oportunidades, reciben apoyo para la alimentación y una beca de primaria. Por otra parte, no hay enfermos crónicos, la familia habita una vivienda bien equipada, cuentan con dos automóviles y servicio telefónico. Ingenuamente podría afirmarse que es la etapa del ciclo doméstico el factor que explica la solidez de este hogar; sin embargo, es posible identificar otros elementos de mayor peso para explicar tal situación. Un hermano del jefe forma parte del hogar y aporta a éste no sólo ingresos monetarios sino una vivienda en la cabecera del municipio a la cual la familia se mudó, mejorando así sus condiciones de vida en términos de servicios y comodidad. Por otra parte, los empleos de todos son regulares y con prestaciones que aportan gran seguridad tanto en términos de subsistencia cotidiana como en ante alguna emergencia de salud. Es importante mencionar

que la participación laboral de los hijos implicó su renuncia a los estudios al término de la secundaria, lo cual significa que el bienestar actual quizá se convierta en una desventaja competitiva para los chicos en el futuro.

El caso anterior corrobora la hipótesis al resaltar los beneficios de una participación laboral alta, pero a la vez demuestra que otros elementos se conjugan para explicar la fortaleza del grupo doméstico. A continuación se presenta un caso más en donde la participación laboral de los miembros es alta, aunque en esta ocasión la precariedad de la familia es grande también.

Se trata de un caso de Costa Azul, en Sinaloa, consistente en una familia de cinco miembros —el núcleo conyugal y tres hijos varones. Todos son proveedores de ingresos y colaboran en las labores domésticas; además, por ser beneficiarios de Oportunidades, cuentan con el apoyo para la alimentación y una beca para el hijo menor, quien al momento de la evaluación cualitativa de 2004 estudiaba la secundaria. Este hogar reúne todas las ventajas propias de su etapa en el ciclo doméstico, aunque no es posible catalogar su economía como sólida. La señal más evidente de la precariedad del hogar es su grado de hacinamiento: la familia residía en una casa de dos habitaciones en donde una era la cocina y la otra el dormitorio que todos compartían. La participación laboral de los dos hijos mayores implicaba que en algún momento habían optado por abandonar sus estudios a cambio de ingresos extras a los del padre; el mayor de los hijos lo hizo al terminar la secundaria y el segundo al finalizar su primer año de bachillerato. Una desventaja adicional es que el empleo tanto del padre como de los hijos es irregular e inseguro; dicho empleo puede ser en la pesca, como albañiles o como peones en el campo. Así, la participación laboral de varios miembros no compensa la inestabilidad de la situación del grupo doméstico.

El caso confirma la importancia de la etapa del ciclo doméstico para explicar las condiciones de vida de la familia y su insuficiencia para soportar eventos externos como la debilidad de la estructura de oportunidades que ofrece el contexto. Es posible encontrar elementos de ventaja en los hogares que viven su etapa de equilibrio, aunque éstos no son suficientes para conso-

lidar o fortalecer a la familia en el presente y mucho menos en el futuro.

Incluso cuando los hijos han conseguido situarse en cualquier tipo de actividad remunerada, sus ingresos no se destinan siempre y por completo al “gasto familiar”. Generalmente una buena parte de su ganancia –si no es que toda– se destina a la satisfacción de necesidades propias, ya sean éstas escolares, de vestido u otras. Es claro que de cualquier manera el producto de su trabajo se concibe como una “entrada”, ya que libera a los padres de emplear sus recursos para satisfacer los deseos de consumo de los hijos y eleva el nivel de vida de algunos de los miembros. El propósito de llamar la atención hacia este punto consiste en resaltar que los hogares en pobreza extrema no pueden generalmente permitirse el tipo de consumo mencionado anteriormente –ropa de “moda”, teléfonos celulares, etc. Muchos chicos abandonan la escuela, utilizan ropa usada o simplemente viven deseando artículos que en ocasiones los padres adquieren a costa de permanecer endeudados y pagar cantidades exageradas.

La idea que sostiene que los hogares en etapa de consolidación consiguen el equilibrio por la incorporación de los hijos al mercado laboral asume que el producto de la actividad laboral de los jóvenes se invierte en la economía familiar o, al menos, en la propia manutención de los trabajadores, reduciendo así las cargas económicas de los padres. Más de un caso de estudio de nuestro universo de hogares ha puesto de manifiesto que este supuesto no se cumple del todo. Los jóvenes que cuentan con trabajo retribuido (a pesar de su eventualidad y escasa remuneración) utilizan la mayor parte de su dinero para adquirir artículos que podrían o no ser de primera necesidad según el ángulo en que se les mire, pero que para efectos prácticos no disminuyen significativamente el gasto promedio de la familia. Con el crecimiento de los miembros del hogar aumentan también las necesidades y sus contribuciones no siempre compensan esos gastos que aumentan con la edad de cada miembro, por lo que es probable que la situación de precariedad que caracterizaba a la familia cuando los hijos no participaban económicamente permanezca ahora que sí lo hacen porque los gastos crecieron con ellos.

En Emiliano Zapata, Campeche, se ubicó un caso que exhibe muy claramente lo expuesto en el párrafo anterior. La familia de Elena y Fabiano está conformada por ellos dos y sus cinco hijos de 20, 19, 15, 12 y 11 años de edad. Los dos hijos mayores trabajan, al igual que su padre, como jornaleros agrícolas; sus periodos de empleo oscilan según el tipo de cultivo y el trabajo que requiera cada temporada, el jornal es bajo y el esfuerzo alto. Según la entrevistada (Elena), estos dos hijos abandonaron sus estudios por decisión propia y con la intención de colaborar con los gastos de casa; además agregó que a los muchachos les daba vergüenza que ella vendiera panuchos en la comunidad. Cada uno de ellos aporta parte de su ingreso a la casa, pero la mayor parte de sus ganancias se destina al pago permanente de abonos por aparatos eléctricos. Uno de los chicos abona el pago de un aparato de sonido y una televisión, mientras que el segundo paga un aparato de sonido idéntico al del hermano; fue necesario contraer esta deuda porque los dos querían escuchar música y se disputaban el único equipo de sonido inicialmente existente. La madre entrevistada manifestó que los jóvenes son muy responsables y que antes que aportar dinero a la casa aseguran el abono para pagar sus aparatos: “a mí pueden no darme, pero jamás dejan los abonos”.

Leticia, en Nochistlán, Zacatecas, fue muy clara al describir la situación que su familia atraviesa y que concuerda con lo expuesto en líneas superiores: “ahora que están grandes los gastos son mayores, cuando estaban chicos sólo había que preocuparse por comer, ahora hay muchos gastos: de la escuela, de la ropa, que quieren ir a la tienda, que les piden material...”. Este hogar lo conforman la entrevistada, su esposo y cinco hijos; uno de ellos estudia en la universidad, la siguiente tuvo que abandonar sus estudios al terminar la secundaria porque su hermana terminaba en el mismo periodo la primaria y los padres consideraron más importante que la pequeña ingresara a la secundaria; como no podían sostener los gastos de tantos estudiantes, la hija mayor sacrificó su entrada al bachillerato; un hijo más estudia la secundaria y la hija menor la primaria. Como la chica en edad de entrar al bachi-

llerato tuvo que abandonar sus estudios, comenzó a trabajar fuera del hogar. Su primer trabajo fue con una brigada de reforestación, lo cual supuso un empleo breve pero arduo. El dinero que recibió por su trabajo lo invirtió en un teléfono celular.

Los dos últimos hogares demuestran cómo la presencia de los sueldos de los hijos no redundan necesariamente en beneficios para el grupo doméstico en general. Que los jóvenes sean poseedores de los artículos electrónicos deseados sin molestar a los padres no equilibró de ninguna manera la carga original que éstos tenían, pues a pesar de que el nivel de consumo de los hijos mejoró, los gastos correspondientes a su manutención no se redujeron y, como decía Leticia comparando su situación actual con la de épocas pasadas, los gastos sí aumentaron con el crecimiento de los hijos.

Otra característica propia de la etapa de consolidación de los hogares que valdría la pena destacar es su corta duración. En los hogares estudiados se observó que, una vez que los hijos son capaces de vender su fuerza de trabajo y lo hacen, inician también los planes de independencia. Los beneficios de contar con hijos trabajadores se esfuman entonces pronto. Por otra parte, es importante resaltar que si los hijos están aportando a la economía doméstica parte de los salarios que obtienen mediante la venta de su fuerza de trabajo, lo más probable es que hayan renunciado a una carrera escolar y que, a pesar de que contribuyen a relajar las condiciones actuales de un hogar en etapa de consolidación, merman sus capacidades futuras.

Varios casos de la muestra revelan además una dificultad externa y apabullante para explotar los recursos que poseen. Encontramos familias con hijos aptos y dispuestos a aportar su fuerza de trabajo a la economía doméstica, aunque las condiciones del contexto no permiten que esto suceda. La historia de Isabel y Ramiro, en La Isleta, Tampico, ilustra claramente esta situación. El hogar está conformado por el matrimonio, tres hijos (dos hombres y una mujer) mayores de 20 años y un nieto. El único miembro que cuenta con trabajo regular es Ramiro, el jefe de hogar, quien tiene un empleo mal remunerado, no cuenta con prestaciones y requiere tiempo completo.

La familia habita una casa propiedad del patrón de Ramiro; en el mismo terreno de la casa están las vacas que la familia cuida y ordeña para vender después su leche en las colonias cercanas. Los dos hijos varones intentan contribuir aportando al menos el producto de su pesca, pero ésta es igualmente pobre e inconstante. La otra opción de empleo que tienen es como albañiles, pero una vez más se trata de una actividad eventual. Por otra parte, en la casa vive un nieto al cual mantener: es decir, tenemos un hogar de estructura extensa pero sin los beneficios que en ocasiones este tipo de estructura alberga. A esto se suma que el hogar, por algún motivo, no había sido incorporado al padrón de beneficiarios de Oportunidades. Este es un escenario en el que las dificultades se acumulan y las bondades propias de la etapa de consolidación del ciclo doméstico no pueden explotarse a pesar de existir potencial.

El caso anterior ilustra una situación en donde los hijos de la familia habían abandonado ya la escuela y, si bien era complicado aportar recursos a la economía doméstica, los jóvenes no generaban gastos de tipo escolar. Por estar libres de esa obligación, los jóvenes podían participar en las labores domésticas y como asistentes del padre en la propia labor remunerada de éste.

Los casos que se abordan a continuación ilustran otra variante encontrada en la pequeña muestra de hogares que atraviesan por la etapa de consolidación. Se trata de aquellas unidades domésticas en las que los hijos que tradicionalmente estarían en edad de participar en la economía del hogar con aportaciones provenientes de su salario o trabajo no lo hacen por permanecer en el sistema escolar. Se supone que un hogar en etapa de consolidación tendría una estructura de trabajo heterogénea y que su mantenimiento no dependería de un solo miembro. Sin embargo, muchos de nuestros estudios de caso muestran que en la práctica siguen funcionando como hogares en expansión, donde los hijos se dedican principalmente a estudiar y no siempre generan recursos sino que, al contrario, aumentan los gastos.

En estos casos, los hogares están apostando por el futuro de los hijos a través de la escolarización y, a la inversa de aquellos que no consiguieron sostener la educación formal de los muchachos, están asumiendo una dinámica que quizá correspondería más a los hogares en etapa de expansión. Esta situación no está resultando sencilla, como lo expuso antes Leticia: mientras más grande es la edad de los hijos, más grandes son los gastos de manutención y de escuela. Aunado a esto, los padres expresan que las condiciones del contexto cada día son más arduas, y con todos estos elementos en contra asumen que el mejor camino para sus hijos y la única manera de cambiar el rumbo que sus propias vidas siguieron es el de la educación formal. Llegados a este punto resulta necesario incluir en el análisis la operación e impacto del Programa Oportunidades.

Muchos de los miembros de los hogares analizados expresaron que, si bien el apoyo de Oportunidades no era suficiente para cubrir todos los gastos que generan los estudios de los hijos, la presencia del Programa en sus economías había permitido que los jóvenes se mantuvieran en la escuela; para otros las transferencias en efectivo eran un incentivo que motivaba el esfuerzo aunque dichas transferencias no sustituyeran el ingreso que los hijos podrían aportar a la casa en caso de haberse integrado al mercado laboral. Es posible entonces que la pertenencia de las familias a Oportunidades sea un factor que contribuya al alargamiento de la etapa de expansión en términos prácticos.

Esta consecuencia, alargar las carreras escolares de los becarios, es uno de los objetivos perseguidos por el Programa; sin embargo, es necesario señalar las implicaciones reales y prácticas que este fenómeno está generando en algunos hogares. Se podría decir que las familias están posponiendo la entrada de los hijos al mercado laboral por invertir en su educación formal y esta decisión tiene como consecuencia la “renuncia” a un periodo breve, quizás, pero de mayor estabilidad que otros. Así, encontramos que los hogares “saltan” de su etapa de expansión a la de dispersión sin gozar de las posibles ventajas del periodo de consolidación.

## PAISAJES DE LA POBREZA

Las familias presentadas a lo largo de este capítulo comparten rasgos fundamentales; en primer lugar, porque la mayoría de ellas son o fueron beneficiarias del Programa Oportunidades, lo cual implica que por definición estos hogares viven en condiciones de pobreza extrema; en segundo lugar, porque por los objetivos de la investigación se clasificó a los hogares según la etapa del ciclo doméstico en que estaban al momento de ser estudiados por el equipo del CIESAS. En este caso todos los grupos domésticos aquí analizados atravesaban por su fase de consolidación y, exceptuando algunos casos que podrían catalogarse como errores de inclusión al Programa, la mayoría en efecto sorteaba situaciones de pobreza severa. A pesar de compartir estas características fundamentales, empero, el conjunto de hogares que se analizan en este capítulo posee gran heterogeneidad en muchos sentidos.

En el apartado anterior se mostraron ya diferencias importantes en cuanto a las características de composición de los hogares, sobre las distintas maneras en que las familias experimentan un mismo periodo en su propia historia. En esa sección se adelantó la importancia que tiene el entorno en el desenvolvimiento de los hogares, y se afirmó que, aunque las familias cuentan con recursos humanos, éstos no siempre pueden aprovecharse por las condiciones del contexto; es decir, los hogares en consolidación estudiados no están gozando de las ventajas propias de su etapa, en gran medida por factores exógenos que escapan a su control. Esta sección se ocupará entonces de caracterizar brevemente esos paisajes de la pobreza.

En un momento inicial del análisis se agrupó a los hogares en tres grandes conjuntos según su pertenencia a una zona geográfica del país: norte, centro y sur. La intención era comparar entre ellos sus condiciones generales, sin embargo muy pronto fue posible identificar que incluso al interior de la misma zona geográfica las diferencias entre comunidades eran muy significativas y en ningún caso podían hacerse generalizaciones para la zona

entera. Visto esto y con la intención de buscar otro tipo de división que permitiera hacer comparaciones en términos de contexto, se decidió agrupar los casos según el tipo de la localidad, es decir, en rurales, semi-urbanos y urbanos; pero esto representaba también serias dificultades, ya que la proporción de casos en zonas rurales era por mucho superior a los otros dos grupos (24 hogares de la muestra pertenecen a zonas rurales, cuatro a semi-urbanas y cuatro a urbanas). Además, al ser tan grande el conjunto de hogares rurales, se daban también diferencias importantes entre comunidades y se hacía imposible una vez más tipificar “lo rural” y, más aun, “lo urbano y semi-urbano” teniendo en cuenta los pocos casos de los que se disponía. Sin embargo, a pesar de la heterogeneidad de las comunidades, fue posible encontrar rasgos compartidos en muchas de ellas.

Los 32 casos de estudio de hogares en etapa de equilibrio pertenecen a 18 comunidades distintas en 13 estados de la República. Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Zacatecas y Nayarit son los estados de la zona centro; Coahuila, Sinaloa y Tamaulipas los de la zona norte y Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Veracruz los de la zona sur.

Teniendo en cuenta la heterogeneidad de la muestra, se esperaba que las historias familiares fueran también muy diversas, que el paisaje en el que se desenvolvían trajera consigo condiciones radicalmente distintas; sin embargo, a pesar de que las diferencias a primera vista son evidentes, y a pesar de que la sierra en Querétaro, el desierto en Coahuila, la costa en Chiapas o Sinaloa, los campos de Guanajuato y Michoacán, y los llanos de la Costa Chica en Guerrero y Oaxaca constituyen paisajes geográficos y humanos altamente contrastantes, estos mismos escenarios comparten rasgos de precariedad que impiden en gran medida la explotación de los recursos con que cuentan los hogares.

Los malos salarios, las tareas extenuantes, la inseguridad en términos de salud y la eventualidad de los empleos son rasgos que casi sin falta se repiten en las distintas localidades visitadas. Los campesinos con tierra aseguran que los costos de la producción agrícola son tan altos que, lejos de ser un nego-

cio, la agricultura acarrea deudas y cansancio no retribuido. El tiempo que se invierte en la tierra propia es demasiado e impide a los propietarios salir en busca de otras fuentes de empleo remunerado.

Don Fernando, el esposo de Manuela en Emiliano Zapata, Tenabo, Campeche, explicó por ejemplo que las ganancias de su última buena cosecha de jitomate se emplearon en gran parte para pagar deudas generadas por cultivos de años anteriores. En su caso cuenta con el apoyo de toda la familia para trabajar la tierra: sus cuatro hijos, que tienen entre los 21 y los 13 años, acompañados por Manuela, acuden al campo con él. Filiberto, de 17 años, abandonó sus estudios en primero de secundaria para dedicarse de tiempo completo a la actividad agrícola, incluso cuando contaba con el apoyo de Oportunidades. La parcela familiar cuenta entonces con el trabajo de todos. La colaboración de todos en el hogar significa que los gastos en la siembra se reducen porque se ahorran el dinero que pagarían por los servicios de peones, aunque la presencia de tiempo completo de Filiberto en el campo no significa un ingreso de efectivo; la pobreza de la familia no ha disminuido, pues aun quedan Liliana (19 años) y Pedro (13 años) estudiando la preparatoria y la tele-secundaria, respectivamente, lo cual implica gastos superiores para el hogar al no encontrarse ninguno de los planteles educativos en la propia localidad. En este estudio de caso se pone en evidencia la dificultad que tienen las familias para explotar sus recursos en pro de un mejor nivel de vida. El hogar cuenta con tierra y recursos humanos, sin embargo los malos temporales y los bajos precios del producto del campo impiden que sea catalogado como “no pobre” y que sus miembros gocen de cierto bienestar.

Algo similar narró don Rubén en La Florida, Jungapeo, Michoacán. El hogar en realidad cuenta con una buena cantidad de recursos, tienen cuatro hectáreas de terreno, árboles de mangos, guayabos, cabezas de ganado y dos caballos, quizá incluso podría tratarse de un error de inclusión del programa Oportunidades. No obstante, el caso es útil para ilustrar que, a pesar de contar con estos recursos, el nieto de 10 años de edad dejó la primaria para ayudar al abuelo, la esposa lava ropa ajena y han tenido que vender alguno de

sus animales para resolver problemas de salud. Estas decisiones y arreglos domésticos han sido necesarios porque el precio de la guayaba y el mango ha caído en los últimos años y no ha sido posible ni recuperar las inversiones pasadas ni colocar la fruta recientemente producida en el mercado. El estudio muestra que los efectos del contexto se resienten incluso en grupos domésticos poseedores de una relativamente buena cantidad de recursos.

En el campo, los periodos de mayor y menor actividad están regidos por el temporal. “Aquí andamos de un cultivo a otro, nada es seguro, pasamos semanas enteras sin trabajo, hay tiempos peores que otros”, narró Manuela de Emiliano Zapata, en Campeche. Lo mismo sucedía en localidades como La Isleta en Tampico, Costa Azul en Sinaloa, Tierra Colorada en Guerrero o La Gloria en Chiapas, dedicadas todas ellas a la pesca. “Hay que dejar descansar el mar y mientras buscar [trabajo] en donde se pueda”, expresó don Hilario en La Gloria, Chiapas.

La situación que atraviesa el campo mexicano es compleja y bien conocida, y este capítulo no pretende explicar los elementos que se han encontrado a lo largo del tiempo para que las condiciones actuales sean las que son. Se hace referencia a este contexto porque en él se localizan las historias de las que sí nos ocupamos y porque es pertinente enfatizar los factores y elementos que, según nuestros informantes, forman parte del deterioro ecológico de las zonas que habitan y trabajan y tienen enormes consecuencias para los sistemas de producción y las posibilidades de obtener sustento.

En Emiliano Zapata, Campeche; Santa María Cortijo, Oaxaca y Tierra Colorada, Guerrero fueron contundentes los testimonios respecto a la infertilidad del suelo; se comparaban las décadas pasadas con las más recientes como si se tratara de mundos distintos o siglos de distancia. Los entrevistados recordaban con una mezcla de emoción y triste melancolía los días en que las cosechas eran abundantes y no necesitaban químicos; entonces el precio de maíz era bajo como lo es ahora, pero la producción era considerablemente superior. Una consecuencia del deterioro de la tierra es el cambio de su uso. En la Costa chica de Guerrero y Oaxaca, por ejemplo, aquellos grandes cultivos de jamaica

han cedido el paso a las cabezas de ganado para convertirse en potreros que consiguen día con día más y más quebranto del suelo.

Así como el campo sufre desequilibrio ecológico, el escenario en la costa no es más alentador. Las narraciones de habitantes de La Gloria, en Chiapas, de La Isleta, en Tampico y de Costa Azul, en Sinaloa dejan claro que la sobreexplotación de los recursos marinos está teniendo consecuencias palpables; los volúmenes de la pesca cada vez son menores y esto se debe a que no se da el tiempo suficiente para la reproducción de las especies; tal parece que los pescadores están bien enterados de la necesidad de “dejar descansar el mar”, aunque al ser esta actividad su principal medio de sustento, no pueden permitirse periodos de descanso aun cuando esto implica un deterioro considerable de su fuente principal de ingreso.

Si la situación de pobreza que enfrentan los hogares con propiedades es severa, la de los hogares sin tierra y sin estudios se agrava aun más. La peor dificultad que sortean las familias y un rasgo constante en las narraciones etnográficas es la falta de trabajo regular. Se esperaría que tal circunstancia cambiara entre las zonas rurales y las semi-urbanas y urbanas, pero no fue así; a pesar de que cambiaba el tipo de actividades, la inseguridad e incertidumbre laboral acompañó los últimos años de vida de la mayor parte de los grupos domésticos entrevistados.

Efectivamente, esta incertidumbre no cambia para los casos estudiados en zonas semi-urbanas y urbanas; los sujetos entrevistados expusieron que las dificultades son cada vez mayores y agregaron que no contar con certificados de estudio complica aun más su situación, pues incluso oficios que han desarrollado durante años sin necesidad de “papeles” ahora se encuentran más competidos y la elección de los clientes suele basarse en criterios como la preparación del prestador de servicios; aunado a esto, es mucho más común que los hogares urbanos y semi-urbanos realicen gastos en la renta de sus viviendas, situación que no es tan común en contextos rurales.

Ante tales condiciones, muchos hogares han ensayado estrategias de autoempleo, pero al parecer la pobreza del entorno y la competencia han impe-

dido que estas iniciativas den frutos significativos. Tres ejemplos ilustran este punto. Manuela, en Emiliano Zapata, Campeche, inició un negocio de venta de panuchos en la puerta de su casa. La intención era conseguir dinero en efectivo para los estudios de sus hijos, ya que la labor agrícola de su esposo aportaba dinero sólo después de la cosecha y venta del jitomate, y el dinero que recibían por Oportunidades no era suficiente para sostener los gastos de la casa. El negocio tuvo éxito y prosperó: las ganancias no eran muchas, pero Manuela había conseguido ese ingreso extra que tanto anhelaba para apoyar la educación de sus hijos. El problema y lo que ocasionó que cesara su actividad fue que otra señora de la comunidad copió la iniciativa de nuestra entrevistada, de tal forma que los clientes se repartieron entre los dos puestos, reduciéndose así la clientela de Manuela y haciendo que la venta de panuchos dejara de ser un negocio redituable.

Una situación similar vivieron Noemí y Juan en Santa María Cortijo, ubicada en la Costa chica de Oaxaca. El matrimonio pidió un préstamo para comprar una fotocopidora, cuando este tipo de aparato y servicio no existía en la localidad y por lo tanto prometía grandes ganancias. Por desgracia para Noemí y Juan, otra familia en la comunidad tuvo la misma idea y el negocio nunca logró serlo; el matrimonio jamás recuperó su inversión y, al momento de nuestra visita, el aparato permanecía subutilizado. Una buena idea se convirtió en una carga pesada de deuda con intereses, un gasto extra y fuerte para la economía de este hogar desfavorecido.

El último de los ejemplos se ubica en Nochistlán, Zacatecas. Se trata de la única comunidad que no es rural entre estos tres últimos casos. Clemente tiene varias ocupaciones pero ninguna de ella es constante. Su actividad principal consiste en reparar electrodomésticos, una actividad cada vez más competida. El mayor problema no es la competencia *per se*, sino el hecho de que Clemente no tiene las credenciales para competir exitosamente con otros que sí cuentan con estudios técnicos. Ante esta situación, los clientes suelen optar por el servicio más técnico de quienes cuentan con el respaldo de estudios especializados. Para incrementar su ingresos por trabajo, Cle-

mente y un amigo suyo salen a recorrer localidades cercanas e incluso visitan otros estados cercanos a Zacatecas; al parecer, esta práctica daba anteriormente buenos resultados y se conseguía más trabajo que permaneciendo en Nochistlán. Sin embargo, estos viajes han dejado de ser redituables pues ahora no se consiguen clientes y en cambio hay que invertir en gasolina, alojamiento y alimentación. Por otro lado, el entrevistado forma parte de un grupo de música versátil pero su suerte con esta actividad tampoco es muy buena; ciertamente son ahora menos solicitados que hace unos años debido a que la demanda de este servicio ha bajado. Como consecuencia, esta familia tiene un gasto extra, pues Clemente debe colaborar con la renta de la bodega en donde el grupo guarda sus instrumentos musicales pero sin recibir una entrada extra a cambio. El último negocio infructuoso de Clemente fue la compra de un automóvil viejo; su intención era arreglarlo para venderlo después a un precio superior, pero sus habilidades mecánicas no permitieron llevar a cabo su plan; así es que una vez más su inversión no fue recuperada y ahora tiene una “gran chatarra” estacionada fuera de la casa que renta y usa como vivienda y taller.

Hasta ahora se han expuesto paisajes de incertidumbre, pero en la muestra estudiada encontramos casos que no comparten del todo tal situación. Son aquellos que se encuentran en los municipios de Ramos Arizpe y Francisco I. Madero, en Coahuila. Estos municipios se hallan cerca de y bien comunicados con importantes centros urbanos del país como son Monterrey, Saltillo y Torreón; la zona cuenta con la presencia de cuatro parques industriales y tres armadoras de automóviles, las plantaciones cuentan con infraestructura de riego y existe la posibilidad de emplearse también en minas de mármol cercanas.

A pesar de que las condiciones de vida de estas familias también son precarias, y de que el trabajo es extenuante y mal remunerado, su vulnerabilidad es significativamente menor que la de la mayoría de la muestra. Sucede así porque aquí encontramos fuentes de empleo constante y reguladas por la ley; por supuesto éste no es el caso de todas las familias en estos municipios,

pero queda claro que las posibilidades de empleo marcan una diferencia importante en el nivel de vida de los hogares que habitan la zona.

En caso de enfermedad es posible acudir a centros de salud pública y, aunque el servicio sea deficiente y merezca innumerables críticas, reduce enormemente la vulnerabilidad de los hogares: de no contar con esta prestación, las familias sufrirían grandes descalabros en su economía, ya sea porque se deshacen de sus recursos o porque contraen deudas para curar a sus miembros o accidentados. La ventaja más grande de un empleo con prestaciones de este tipo es la posibilidad de planear, de saber con qué recursos se cuenta, de tener resueltas las necesidades básicas en el corto y quizá en el mediano plazo; no debe olvidarse que los sueldos siguen siendo bajos, pero son constantes y esto dota de seguridad al hogar, marcando una diferencia abismal en términos de reducción de la vulnerabilidad.

Ligando ahora las condiciones del contexto con la etapa de consolidación de los hogares, valdría la pena averiguar qué resulta más conveniente para ellos –tanto en términos de bienestar como en términos de vulnerabilidad–, si el empleo constante y seguro de un miembro del hogar, o la participación de más miembros en actividades que no cuentan con la seguridad del primero.

### REDES DE APOYO: REDES FAMILIARES

La conformación de cualquier hogar supone una combinación de capacidades y limitaciones, de fortalezas y debilidades específicas que definen en gran medida su desarrollo. La forma de colaboración entre los miembros que integran un grupo doméstico y su relación con el entorno son elementos fundamentales en su labor de supervivencia.

Hasta este momento del análisis no se ha mencionado algún factor común a todos los casos, y es que la diversidad de características endógenas de las unidades domésticas y la variedad de zonas geográficas estudiadas haría

suponer que tal elemento no existe. Con sorpresa, he encontrado que si bien es en distintos niveles y en diferentes momentos de la vida doméstica, todos los hogares estudiados, sin excepción, han contado con el apoyo de sus familiares más cercanos y/o lo han brindado.

Al decir familiares más cercanos me refiero a lo que Lomnitz (1991: 123-132) llamaría la *gran familia*, conformada por una pareja de esposos, sus hijos y sus nietos; yo agregaría además que en esta gran familia están incluidos los cónyuges de los hijos. Es importante anotar además que, para los propósitos de este análisis, la “gran familia” se entiende no como los hogares en cuestión, sino que incluye aquellos parientes cercanos (abuelos, padres, hijos, hermanos, cuñados, sobrinos) independientemente de si comparten o no la residencia. Por otro lado, un hogar puede formar parte de dos *grandes familias*, la de cada uno de los cónyuges cuando se trata de hogares biparentales. En otras palabras, los hogares estudiados suelen contar con el apoyo de la gran familia del jefe o jefa y la de su cónyuge.

El presente trabajo encuentra que las relaciones entre los integrantes de la gran familia son imprescindibles para el desarrollo de los hogares. El hecho de que los hijos se casen y formen sus propios núcleos no significa que la solidaridad y la asistencia *mutua* desaparezcan, incluso esta correspondencia se diversifica pues no se refiere exclusivamente a la relación entre padres e hijos, sino también a la que existe entre hermanos.

El nivel de dependencia de los casos estudiados respecto de sus familiares cercanos varía; en algunos casos, el apoyo se da en momentos específicos de crisis, mientras que en otros este tipo de ayuda es constante e imprescindible para la supervivencia cotidiana del hogar. El conjunto de hogares consolidados estudiados por las evaluaciones cualitativas del programa Oportunidades muestra una amplia gama de ejemplos de apoyo entre parientes que no pertenecen al mismo grupo doméstico. Tales ejemplos exponen claramente la relevancia de la ayuda, los efectos positivos de este tipo de soporte y la variedad de momentos en que se recurre al mismo.

*La morada.*

Compartir la vivienda con los padres una vez que se ha iniciado un nuevo grupo doméstico es una práctica común en los hogares mexicanos. No es sorprendente hallar que el mismo techo alberga no sólo a padres e hijos, sino además a los cónyuges de hijos e hijas e incluso a los vástagos de estas nuevas uniones. Sabemos que este tipo de vida en común genera fricciones inevitables entre los habitantes de esas casas compartidas, aunque es innegable que la decisión de vivir en la morada paterna constituye una estrategia de supervivencia tan popular como rentable. En muchos casos no se trata de la mejor opción, sino de la única disponible.

Quizá compartir la vivienda con los hijos que inician un nuevo núcleo familiar sea uno de los apoyos más comunes en cuanto al ámbito de la residencia se refiere; sin embargo, ésta no es la única forma de cooperación hallada en este rubro. De los 32 hogares en consolidación estudiados, 10 eran de estructura extensa, es decir, estaban conformados por otros miembros además de los pertenecientes a grupo de tipo nuclear, y aunque en todos los casos estos integrantes “extra” eran parte de la *gran familia*, no necesariamente se encontraban en la etapa inicial de la conformación de un nuevo hogar. Encontramos casos en los que en lugar de ser los hijos los que vivían en casa de los padres, eran los padres quienes habitaban las propiedades de los hijos, o historias de jóvenes que emigraron a Estados Unidos y permitían que sus hermanos casados ocuparan la casa que ellos habían construido con su trabajo en el extranjero.

El matrimonio de Martín y Anicleta se mudó de su pueblo a la capital del estado de Nayarit. El jefe del hogar fue a Tepic a tramitar su pasaporte y en su visita a la ciudad un cuñado (hermano de su esposa) lo invitó a trabajar con él en la fabricación de fertilizantes. Pensando en la posibilidad de educación superior para sus dos hijos varones y sopesando la conveniencia de cambiar su actividad laboral de la agricultura a la manufactura, la decisión fue trasladar su residencia a la ciudad. En el pueblo dejaron la casa que habitaban y desde entonces viven en ella los padres de Anicleta. El hogar

recién llegado a Tepic ocupó una casa que era propiedad de otro hermano de Anicleta. Poco tiempo después de su instalación en la ciudad recibieron en su hogar a dos sobrinos, uno de Martín y el otro de Anicleta. Tras la llegada de los muchachos estos recibieron apoyo para su educación media superior y superior, respectivamente, mientras que a cambio el hogar receptor ganaba una pequeña fuente de ingreso adicional al aportar dinero los jóvenes para contribuir a los gastos que su presencia generaba.

En este caso los padres de Anicleta, en el pueblo, se beneficiaron con la vivienda de su hija; mientras tanto, ella y su familia fueron apoyados por sus hermanos en la ciudad tanto para conseguir vivienda como empleo; por último, el matrimonio tuvo la oportunidad de albergar a dos sobrinos que estudiaban en Tepic. El caso es un claro ejemplo de que el apoyo familiar se da en muy variados sentidos, en distintos momentos y resulta un factor primordial del desarrollo y estabilidad de los hogares.

Entre los diez hogares de estructura extensa encontramos dos casos de mujeres que ya habían formado su núcleo doméstico independiente del de sus padres pero que terminaron regresando con ellos. Una de ellas volvió a la morada paterna porque su esposo fue encarcelado, otra regresó con sus hijos a la casa paterna porque su marido la golpeaba. Una tercera en realidad nunca pudo independizarse del hogar paterno porque su esposo era alcohólico y por tal motivo su condición laboral era sumamente precaria.

En estos tres casos la ayuda de los padres fue de vital importancia para el sostenimiento de los hogares de las hijas. La ausencia del marido en el caso del hombre encarcelado, la violencia del cónyuge en el segundo y la incapacidad del marido para sostener su propio grupo doméstico en el tercero orillaron a las mujeres de cada hogar a apoyarse en sus padres; estos no sólo ofrecían su casa, sino que además cuidaban a los nietos mientras sus progenitoras salían a trabajar. Por otra parte, la presencia de los hogares de las hijas, es decir, de los nietos y de ellas mismas, traía ciertas ventajas a los añejos hogares paternos, pues contaban con la ayuda de los nietos para la realización de las labores cotidianas y con el ingreso monetario generado por

la madre-hija de estos hogares extendidos. Una vez más, la ayuda familiar fue uno de los factores de apoyo más importante para que estos hogares liderados por mujeres consiguieran salir adelante.

Además de estas moradas con hogares extensos se encontraron situaciones similares, sólo que ahora lo que se compartía era el solar doméstico; es decir, el terreno en el que se encuentra la casa de los padres se ha ido dividiendo para que los hijos construyan en él habitaciones (casas) para albergar a las familias que ellos conforman. Esta opción de vida sigue asentándose en gran medida en la colaboración entre familiares; la solidaridad cotidiana y sus dificultades acompañan esta opción de residencia, aunque la diferencia estriba en que cada construcción del terreno acoge grupos domésticos independientes económicamente de los demás. Las nuevas viviendas suelen ser pequeñas, precarias e insuficientes, pero han sido la opción al alcance de estas familias pobres para solucionar la necesidad de techo. Una solución que nuevamente se genera y se instrumenta en y por la familia.

#### *Ayudas del día a día.*

Compartir alimentos, prestarse ropa, utensilios y dinero son prácticas muy comunes entre los miembros de las llamadas *grandes familias*. Este tipo de apoyo está presente en el día a día de los hogares, todos cuentan con él y lo brindan sin mayores esfuerzos; es tan común que suele pasar desapercibido, si bien esta cotidianidad denota el nivel de trascendencia que tiene: los 32 hogares estudiados mencionaron constantemente la presencia de este tipo de ayuda. Los ejemplos en este rubro son interminables.

Para el hogar de Judith (no beneficiaria del Programa Oportunidades), en La Ventana, Acapulco, el apoyo que recibe de su suegra es básico. La actividad laboral del jefe es muy irregular y mal remunerada, la señora por su parte vende mole de manera ambulante y lava ropa ajena en el río; de tal manera que los ingresos monetarios son mínimos y fluctuantes. Bajo las condiciones descritas debe sobrevivir este hogar conformado por cinco miembros. La madre del jefe vende pollo y muy a menudo fía el producto a

Judith, quien debido a su precaria situación no tiene crédito en ningún otro establecimiento. La alimentación de este hogar depende en gran medida del apoyo recibido por la madre del jefe, gracias a la cual se cubren con menos dificultades las escasas dos comidas del día.

Para el hogar de Isabel y Ramiro (no beneficiarios de Oportunidades y mencionados en el primer apartado de este capítulo), en La Isleta, Tamaulipas, la ayuda que reciben de su hija casada es también de vital importancia. La familia habita una zona geográficamente aislada del núcleo urbano de Tampico, y este aislamiento literal les impide en gran medida aprovechar la fuerza productiva de los tres hijos que componen el hogar; además, puesto que todos ellos ya han dejado la escuela (los dos varones no terminaron la primaria, mientras que la mujer dejó la secundaria al terminar el primer año), no se relacionan con la comunidad educativa del lugar, que es la única más o menos sólida en la isla. La hija casada de este matrimonio vive cerca de sus padres, con ella cuentan estos cuando necesitan dinero prestado para comprar víveres; es ella quien les obsequia de vez en cuando algo de lo que cocinó, quien por lo menos los acompaña en este contexto de aislamiento.

De la vecindad, de la cercanía física entre los parientes, depende en gran medida su grado de colaboración (Lomnitz, 1975), aunque la solidaridad cotidiana entre hermanos, padres e hijos se da incluso cuando algunos viven en Estados Unidos. Debido a la distancia entre los familiares cuando algunos han emigrado al país vecino, este apoyo para sobrellevar las necesidades del día a día se da principalmente de manera monetaria. Las remesas, según el nivel de precariedad de los hogares que las reciben, se utilizan con distintos fines.

Rosa Elba en Tierra Colorada, Guerrero, por ejemplo, utiliza el dinero de las remesas que le envía su hermana mensualmente para pagar los gastos que genera su enfermedad (hipertensión, amenaza de infarto e infección cutánea en un pie). El hogar, a pesar de contar con Oportunidades, no consigue cubrir los gastos en salud. Rosa Elba y su marido tienen tres hijos en edad escolar, así que el apoyo monetario del Programa se destina por completo a solventar este tipo de gastos. No cuentan con servicio médico gratuito y la

ayuda que ofrece el Programa es insuficiente para cubrir gastos en salud, ya que deben acudir a Acapulco para recibir atención especializada.

En el caso de Francisco y Ofelia en Paredón, Coahuila, ella recibe ayuda de parte de su padre desde Estados Unidos, mismo que, además de enviar dinero, hace llegar prendas de vestir a sus tres nietos. Este apoyo es de gran relevancia para el hogar, ya que Francisco no permite que Ofelia se emplee fuera de casa ni acepta la ayuda que en ocasiones les ha ofrecido la madre de ella para construir una vivienda independiente de la de los padres de Francisco. Además, su propio trabajo es inestable, mal pagado y no cuenta con seguridad social; por otro lado, las becas que reciben por parte de Oportunidades se destinan principalmente a apoyar la educación y alimentación de este hogar de cinco miembros que depende principalmente del ingreso del jefe.

#### *Cuidados y compañía.*

Otro apoyo común entre familiares cercanos tiene que ver con el acompañamiento y los cuidados que se brindan unos a otros. Éstos se dan en múltiples sentidos: encontramos así, por un lado, los casos en los que los hijos con hogares independientes se encargan de atender a los padres ancianos y enfermos, incluso de los que adquieren serias deudas para participar económicamente en la solución de las enfermedades paternas; en otros eran los abuelos quienes apoyaban a sus hijas para encargarse de los nietos mientras ellas acudían a trabajar; el turno de los nietos para contribuir se dio cuando acudían a casa de la abuela sola únicamente para acompañarla, para pasar con ella la noche y librarla de un sentimiento de miedo o inseguridad.

Una modalidad más para aportar cuidados provenía de quienes se hacían cargo de sus sobrinos; por ejemplo, cuando los jóvenes tenían que dejar la casa paterna y trasladarse a las cabeceras municipales para continuar sus estudios. Gracias a este tipo de ayuda muchos estudiantes han conseguido alargar su carrera escolar, aminorando en algún grado los gastos que supone su instrucción formal.

En un grupo doméstico en concreto encontramos que la jefa del hogar (soltera) se hizo cargo de un par de sobrinos abandonados primero por su padre, quien emigró a Estados Unidos, y después por su madre, quien decidió dejar también la comunidad. Angelita, la tía paterna de los niños, se encargó de su crianza por completo hasta el momento en que cada uno en su juventud decidió seguir el camino del padre y emigrar al país vecino.

### *Trabajo y desempleo.*

Emplear a los parientes, compartir proyectos productivos y los recursos para el trabajo con ellos, dar la información necesaria para conseguir empleo, o recomendar a los familiares con los patrones están entre los apoyos más importantes que se dan entre los integrantes de la *gran familia*. Entre los 32 hogares consolidados estudiados los ejemplos encontrados son múltiples y asombra su variedad y la relevancia del apoyo en todos los casos. Enumerarlos sería tedioso y complicado; baste decir que las posibilidades de ayuda mutua se agrupan en las cinco categorías mencionadas al inicio de este apartado.

En este ámbito hallamos que la importancia del apoyo familiar intra y extra-doméstico no sólo se dio en los casos antes citados en la resolución de problemas cotidianos, sino que incluso estuvo presente en momentos de crisis mayores, es decir, en etapas de enfermedad y desempleo. Al menos en dos casos han sido los hermanos emigrados quienes han apoyado a los hogares de sus hermanas a sostenerse mientras sus maridos han estado enfermos o incapacitados para el trabajo. Tanto Laura, en Loreto, Zacatecas, como Elia, en Santa Inés, Querétaro, recibieron el dinero incondicional de sus hermanos para solventar los gastos de alimentación, educación y salud de sus familias, pues a pesar de ser beneficiarias de Oportunidades las necesidades cotidianas no podían ser solventadas exclusivamente con el apoyo del Programa. Una vez que ambos maridos superaron sus crisis de salud, fueron los mismos cuñados quienes financiaron sus viajes a Estados Unidos, incluyendo el pago del coyote, y los recibieron al cruzar la frontera.

*Proceso de migración internacional.*

Hasta este momento del análisis se han mencionado algunas circunstancias en las que los hogares han recibido o brindado ayuda a sus familiares emigrados en Estados Unidos; sin embargo, la magnitud e importancia del fenómeno merece tratarse a parte. Como sabemos, la opción de emigrar al país vecino ha sido frecuente entre un segmento muy grande de familias mexicanas; entre los 32 estudios de hogares consolidados, la presencia de emigrantes fue significativa también, al menos la tercera parte de todos ellos cuentan en su historia con la experiencia migratoria al “Norte” de alguno de sus miembros. En todos los casos, los procesos migratorios han sido apoyados por miembros de la *gran familia*.

De no ser por estos lazos familiares estrechos, no habría sido posible, para los hogares estudiados, realizar el viaje hacia el otro lado de la frontera. Los parientes cercanos han participado en cada una de las etapas de esta trayectoria. Desde el convencimiento de partir hasta el momento en que se decide retornar a México, pasando por supuesto por el financiamiento del viaje a la frontera, el pago al coyote, la recepción en el lugar de destino, la repartición de gastos de residencia, la consecución de empleo en tierras extranjeras, la vinculación del recién llegado con los servicios y redes de amigos disponibles, préstamos de dinero para enviar a familiares en México y múltiples casos más relacionados con la vida cotidiana y las fechas significativas para los parientes que permanecen en el lugar de origen.

Por otro lado, como se mencionó antes, los parientes que se quedan en México contribuyen en este proceso de extranjería haciendo lo suyo desde el lado sur de la frontera. Se encargan de cuidar a los hijos de los emigrantes, sus propiedades, muebles e inmuebles; en muchas ocasiones administran el dinero que envían para construir sus viviendas y, en fin, se encargan de dar voz y voto a quienes, aunque lejanos geográficamente, tienen la mente y la mira en sus pueblos de origen.

*Apoyo por parte de redes no familiares.*

La evidencia de que los hogares cuentan con apoyo externo no familiar es significativamente menor en comparación con aquel que reciben de parte de la *gran familia*. De los 32 hogares en consolidación, sólo ocho declararon contar con ayuda de relevancia proveniente de personas ajenas a sus familias, lo cual no excluye que además contaran con apoyo de sus parientes cercanos, pues, como se dijo antes, en todos los 32 hogares sin excepción fue posible identificar este tipo de apoyo.

En cinco de los casos mencionados, el apoyo externo al hogar provenía de las vecinas. La ayuda se refería principalmente a actividades cotidianas, como el préstamo de utensilios de cocina, el intercambio de alimentos, traslados gratuitos en los automóviles de su propiedad, crédito en las tienditas cercanas, aplicación de inyecciones, cuidado de los hijos pequeños y compañía en actividades recreativas. En dos de los casos la ayuda externa no familiar provenía de los patronos de los jefes del hogar. En el estudio restante, el hogar se apoyaba en un grupo de mujeres que tienen un molino en la comunidad y del cual forma parte la entrevistada.

Llama la atención que los testimonios de muchos de los hogares entrevistados expresan claramente preferir la ayuda familiar y evitar en la medida de lo posible el contacto con vecinos y personas ajenas a la familia. Estas declaraciones hechas por las entrevistadas en campo sugieren que la relación entre vecinos y habitantes de las comunidades es cordial pero limitada y distante en general. De los ocho casos en los que fue posible hallar apoyos fuera de la familia, tres señoras sugirieron que preferían mantenerse al margen de la vida de sus vecinas y conocidos de la comunidad, aunque en la práctica se apoyaban mutuamente con ellos.

El análisis recogió frases con la opinión de las entrevistadas respecto de su relación con vecinos y conocidos: “no me gusta andar en otras casas”; “a mi marido no le gusta que ande de argüendera”; “yo nomás aquí con mi familia y mis hermanos”; “nomás nos visitamos entre familiares”; “prefiero trabajar yo sola que andar dependiendo de las decisiones del grupo que ade-

más ni se pone de acuerdo”; “aquí no me quieren porque digo lo que pienso, porque vengo de la ciudad”.

La evidencia respecto de este tema en concreto no permite hacer grandes hipótesis, sin bien me aventuro a suponer que la relevancia del apoyo familiar o su preferencia sobre otro tipo de apoyos externos a los hogares tiene mucho que ver con una construcción cultural que encuentra como “poco adecuado” molestar a quienes no tienen la obligación de solidarizarse con uno. Es decir, la obligación de colaborar con los familiares más cercanos es ineludible, primordial y permanente, mientras que las relaciones de apoyo entre conocidos no sólo no tienen este carácter de obligatoriedad, sino que se evitan con el ánimo de no causar molestias a quienes no las merecen.

Con este recorrido a través de los hogares y sus *grandes familias* ha sido posible tener un panorama amplio respecto de la diversidad de momentos y tipos de apoyo que se reciben de y proporcionan a los parientes más cercanos. Se encontró incluso que, a pesar de no utilizar siempre este tipo de ayudas familiares, éstas estaban generalmente a disposición de los hogares. La gama de ejemplos encontrados entre los hogares consolidados que dan sustento a este trabajo deja clara la trascendencia del soporte aportado por la familia. Encontramos que a pesar de que los recursos de estas familias son escasos suelen de una u otra manera estar al servicio de los miembros de cada *gran familia*.

Lo anterior no equivale a afirmar que éste sea el único apoyo social externo que reciben los hogares, aunque sí aparece como el más relevante y constante. Aun teniendo en cuenta que los problemas entre parientes son frecuentes, es innegable que el apoyo proveniente de la familia tiene efectos positivos en términos prácticos de supervivencia.

Como Lomnitz (1991: 123-132) propone, esta exploración encuentra que la *gran familia* es una unidad solidaria en México, en donde cada miembro se ajusta a las expectativas de los otros y espera de ellos su apoyo. Ante esta constatación y ligando este breve análisis con el que ocupa al capítulo entero —es decir, el de los hogares que atraviesan por su etapa de equilibrio o con-

solidación—, resulta inevitable plantearse la pregunta sobre en qué momento de la vida doméstica los hijos estarán en mejores condiciones para ayudar o efectivamente podrán contribuir a los esfuerzos recibidos de parte de sus padres a lo largo de sus vidas: cuando son solteros, comparten el hogar y contribuyen con su trabajo en la tarea diaria de la supervivencia (durante la etapa de consolidación); o cuando se han ido de casa y cuentan con una vida independiente (en el momento de expansión de su propio núcleo y el de dispersión del núcleo paterno).

#### OPORTUNIDADES A CORTO Y LARGO PLAZO

La presencia de Oportunidades ha marcado en mayor o menor medida la vida de los hogares que resultaron beneficiados. Debido al diseño del Programa y a sus objetivos finales —aumentar las capacidades básicas de las personas que viven en pobreza extrema, reducir las situaciones de riesgo y vulnerabilidad que enfrenta esta población y propiciar la ruptura del círculo de transmisión intergeneracional de la pobreza (SEDESOL, 2006: 8-9)—, resulta difícil definir de manera contundente si éstos se cumplen de la manera esperada, ya que en gran medida éstas son metas cuyos resultados se verán en el largo plazo. Sin embargo, con la información recabada a lo largo de los años por las evaluaciones cualitativas, es posible identificar los impactos que su instrumentación ya está generando en el corto plazo y vislumbrar sus efectos hacia el futuro.

Conocer los efectos en el corto y largo plazo que ha tenido el Programa en los hogares que transitaban por su etapa de consolidación al momento de las distintas evaluaciones cualitativas es el objetivo de este apartado. Determinar en qué ámbitos y en qué medida los hogares consolidados han utilizado el apoyo de Oportunidades es la meta a alcanzar en esta sección del análisis.

*Efectos en el ciclo doméstico (efectos del largo plazo).*

Los hogares que atraviesan por su etapa de consolidación pasan por un periodo que por un lado tiende al equilibrio en cuanto a que terminó la etapa reproductiva, los hijos son mayores, no requieren de tanta atención de parte de sus padres y comienzan a colaborar activamente con las labores domésticas haciendo que las cargas se distribuyan entre más miembros; por otra parte, los gastos de manutención aumentan, pues con el crecimiento de los hijos se incrementan también sus necesidades, aquellas relacionadas con su incorporación a la vida social de una manera más independiente de los padres y, sobre todo, las que tienen que ver con su educación formal. El tránsito a la educación secundaria o el bachillerato en las comunidades estudiadas suele suponer el traslado de los estudiantes a comunidades cercanas, lo cual incrementa significativamente los costos de la educación. Ante estas circunstancias y teniendo en cuenta la precariedad que caracteriza a los hogares que son objeto de este estudio, las familias se enfrentan al dilema de si invertir en las carreras escolares de los jóvenes o aprovechar su fuerza de trabajo para mejorar las condiciones económicas del núcleo.

El papel que ha jugado Oportunidades en este momento de la vida familiar ha sido en extremo relevante. No puede atribuírsele en exclusivo el aumento en los años de estudio de las nuevas generaciones; éste ha sido resultado de múltiples factores, entre ellos el esfuerzo familiar y el acceso creciente a los servicios educativos; sin embargo, es innegable que para los hogares estudiados el apoyo que han recibido por parte del Programa ha incentivado en gran medida la permanencia de los hijos en la escuela.

La mayoría de los hogares estudiados expresaron que, de no contar con el beneficio de las becas escolares, habría sido más difícil mantener a los hijos en la escuela, e incluso en algunos casos habría sido necesaria la suspensión de los estudios, en concreto los de secundaria y bachillerato. No obstante, a pesar de que, en efecto, las carreras escolares han aumentado gracias al Programa, éste no es un elemento suficiente para mantener a los chicos estudiando, sobre todo cuando las condiciones de precariedad de la familia son

extremas; tal situación la demuestran los casos en que los jóvenes, a pesar de ser beneficiarios, optaron por la vida laboral.

Con el alargamiento de las carreras escolares de los hijos se da también la ampliación del ciclo doméstico de expansión; es decir, los hijos, a pesar de estar en condiciones de contribuir con su fuerza de trabajo y por lo tanto con ingresos monetarios para el hogar, se dedican prioritariamente o la mayor parte de su tiempo a la escuela, lo cual implica que las cargas propias del sostenimiento de la familia siguen recayendo en uno o dos miembros de la misma (los padres) —una característica propia de los hogares en etapa de expansión.

El aumento de los años escolares de los hijos acarrea desventajas momentáneas en términos de egresos y reducción de fuerza de trabajo para el hogar, pues a pesar de que las becas aumentan éstas quizá no son suficientes para cubrir todos los gastos relacionados con la educación y manutención de los hijos mayores. La circunstancia expuesta sugiere entonces que los apoyos del Programa no contribuyen a fortalecer a los hogares en los términos expuestos en la hipótesis; es decir, a pesar de que las becas aumenten en monto por el nivel académico, la presencia de los hijos en la escuela implica que no están trabajando fuera de casa y por lo tanto que la carga económica en el hogar no se distribuye entre más miembros, sino que sigue siendo responsabilidad de uno de los padres o de ambos. En consecuencia, las familias con estas características no están gozando de los beneficios que se atribuyen a la etapa de equilibrio o consolidación del ciclo doméstico.

Esta modificación de la escolarización de los niños y jóvenes es un objetivo del Programa. No se duda de su bondad y de los beneficios que traerá para esos jóvenes contar con niveles superiores de instrucción formal; la intención de señalar que los hogares sacrifican el presente en pos de una vida mejor para los hijos gracias a su educación tiene como objetivo hacer hincapié en la responsabilidad del Estado de coadyuvar a la incorporación al mercado de trabajo a estas generaciones de becarios. Dado que la visión del Programa es de largo plazo y resulta difícil conocer hoy sus efectos, vale la

pena el ejercicio de la predicción además de resaltar las consecuencias de su instrumentación en el presente.

Debido a que el conjunto de casos revisados en este capítulo fue determinado por el periodo doméstico que atravesaban, no es posible saber a través de ellos si este alargamiento del ciclo de expansión significa que todas las etapas del ciclo doméstico se alargaran y que en consecuencia los jóvenes iniciarán un nuevo hogar –para empezar– con más edad y con más estudios que las generaciones pasadas; o si la prolongación de las carreras escolares supone el salto de la etapa de expansión a la de dispersión, sin que los hogares de origen gocen de los beneficios propios de la etapa en la que los hijos contribuyen económicamente y sin que los nuevos hogares estén conformados por jóvenes de mayor edad que los de generaciones anteriores.

En las entrevistas encontramos que en muchos casos las hijas planean continuar sus estudios para poder conseguir mejores empleos y así ayudar a sus padres; estas jóvenes no mencionan entre sus planes inmediatos el matrimonio o la iniciación de un nuevo grupo doméstico. En otros casos, en donde los jóvenes (varones) han comenzado a trabajar y abandonado los estudios, encontramos que planean conformar sus propios grupos domésticos poco tiempo después de iniciar su vida laboral. Así pues, entre los 32 casos revisados no contamos con evidencia empírica respecto de ex becarios que hayan iniciado su carrera laboral o que hayan iniciado ya su propio grupo doméstico. Es probable que este tipo de evidencia se encuentre entre los hogares que atravesaban por su etapa de dispersión al momento de las evaluaciones (objeto del siguiente capítulo), o que dado el tiempo que tiene de existencia el Programa aun sea imposible dar cuenta de las trayectorias de los jóvenes egresados de bachillerato que han sido beneficiados por Oportunidades.

Baste decir aquí que el Programa ha conseguido modificar los patrones de vida doméstica de los hogares pobres al contribuir con el alargamiento de las carreras escolares de los jóvenes, si bien aun no es posible afirmar que este cambio tenga consecuencias palpables en el rompimiento del círculo de transmisión intergeneracional de la pobreza, ya que, como se ha mencionado antes,

mientras el mercado laboral no acoja a los ex-becarios estas modificaciones no darán el resultado esperado por los creadores del Programa.

*Efectos en el día a día (efectos inmediatos).*

Cuando se analizan la trayectorias de los hogares a lo largo de los años, parece difícil hallar en aquéllas cambios significativos en los niveles de vida atribuibles a Oportunidades. Es probable que, de existir tales modificaciones, éstas puedan verse sólo después de periodos más largos, como se sugirió antes. Sin embargo, aunque no se perciban cambios radicales, las condiciones de vida de las familias beneficiarias han sido fortalecidas en ciertos ámbitos gracias al Programa.

El primer efecto de Oportunidades claramente identificado por las evaluaciones cualitativas en términos de corto plazo tiene que ver con la seguridad que brinda a estos hogares el contar con un ingreso regular —por mínimo que pueda ser. Recordemos que en general las actividades productivas de estas familias son mal remuneradas y sobre todo inconstantes. La presencia del apoyo monetario proveniente de Oportunidades ha permitido, por ejemplo, que los hogares tengan acceso al fiado en las tienditas de la comunidad, pues los tenderos saben que, una vez que lleguen las transferencias a las mujeres beneficiarias, sus cuentas pendientes serán saldadas. De esta manera, los gastos relacionados principalmente con la alimentación de las familias se resuelven con un poco menos de dificultad.

La recepción asegurada de dinero en efectivo ha fomentado también las compras de artículos (electrodomésticos, ropa, accesorios varios) en abonos. En este caso podría decirse que Oportunidades ha tenido efectos en la satisfacción de necesidades de consumo de las familias beneficiarias.

El presente análisis encuentra que la relevancia de los apoyos brindados por Oportunidades es variable, no sólo si se le compara entre hogares, sino incluso para una misma familia. Las transferencias monetarias parecen diluirse en las manos de las titulares una vez que éstas las reciben, por lo que podría pensarse que aquéllas son insuficientes para apuntalar la supervivencia

de los hogares; sin embargo, la información aportada por los estudios de caso demuestra que la relevancia del Programa aumenta sobremanera en períodos críticos para los hogares, como pueden ser los meses de inicio de cursos escolares, etapas de desempleo, enfermedad o la emigración del jefe al extranjero.

Asombra constatar que de los 32 casos revisados en este capítulo sólo en uno de ellos se hayan empleado las transferencias monetarias con fines productivos, es decir, que no sólo se gastaron sino que se utilizaron en insumos para un pequeño negocio (la elaboración de hamacas para vender).

*Efectos en la salud (efectos de corto y largo plazo).*

La contribución de Oportunidades en el área de la salud está directamente ligada al carácter de obligatoriedad de las corresponsabilidades; en este sentido, existe una tendencia a hablar más de la vigilancia y desarrollo de estas obligaciones que de sus efectos en las prácticas de salud de las familias beneficiarias.

Dejando un poco de lado las dificultades que tanto los hogares como los centros de salud encuentran para que se consiga el objetivo de mejorar las condiciones de salud de los beneficiarios, es necesario resaltar que, más allá del deber de correspondencia con el Programa, muchas de las titulares entrevistadas manifestaron que los temas impartidos por el personal de salud en las pláticas fueron de gran utilidad. Incluso hubo quien atribuyó a Oportunidades mejoras en el rubro de la limpieza comunitaria.

Uno de los beneficios más relevantes en el ámbito de la salud, impulsado por el Programa, ha sido la difusión de información sobre la importancia de realizarse los exámenes de detección de cáncer cérvico-uterino, y en consecuencia la ejecución de dicha práctica por parte de las mujeres beneficiarias. Existen testimonios de titulares que aseguran que antes de contar con el Programa no habían acudido a examinarse, pero que a partir de su inclusión en el padrón de beneficiarios lo hacían al menos una vez al año. Es probable que con la suspensión de la recepción de los beneficios del Programa estás

prácticas preventivas reduzcan su frecuencia, si bien no hay que quitar mérito al esfuerzo de difusión de la información porque ésta es la semilla de la acción futura.

Me parece importante anotar que la contribución de Oportunidades a la salud tiene que ver con la obligación que impone a los beneficiarios de acudir a revisiones médicas y a pláticas informativas, pero sería injusto olvidar que los logros que trascienden en conductas de prevención de enfermedades, independientemente de la obligatoriedad, corresponden a la labor de difusión desarrollada por el personal de la Secretaría de Salud. Es decir, el Programa ha contribuido en este rubro acercando a los beneficiarios los servicios médicos, pero los encargados de atenderlos y transmitir la información de salud son quienes a final de cuentas consiguen o no la transformación de los hábitos en este aspecto.

## CONCLUSIONES

La revisión de los 32 hogares que pasaban por su etapa de consolidación o equilibrio al momento de las evaluaciones cualitativas ha permitido tener un buen panorama sobre las características, potencialidades y dificultades que enfrentan. El análisis permitió demostrar que, si bien los hogares que pasan por esta etapa de su ciclo doméstico son fuertes en algunos aspectos que hacen más sencilla la organización en su interior, no todos los recursos pueden ser aprovechados al enfrentarse a la precariedad de la estructura de oportunidades impuesta por el contexto en el que se desenvuelven dichas familias.

Por otra parte, se identificó que con la prolongación de las carreras escolares de los hijos vino un alargamiento del periodo de expansión en el ciclo doméstico. Los hogares en los que se esperaba la contribución económica de los hijos solteros ceden el paso a una mayor educación formal, y por ello al mantenimiento de un esquema en donde la mayor parte de las responsabilidades de subsistencia del núcleo doméstico continúan recayendo en los

padres. El dilema respecto a la inversión en educación en el presente para mejorar las condiciones futuras de los hijos, o su incorporación a la vida laboral, vive su momento cumbre en este periodo de la vida familiar. Las condiciones de precariedad son fuertes y los efectos positivos de la educación difíciles de vislumbrar. Oportunidades juega entonces un papel primordial incentivando la permanencia de los jóvenes en la escuela, pero no tiene la capacidad de asegurar un futuro sólido para los jóvenes que conformarán sus nuevos grupos domésticos, mucho menos para los hogares que pasan al periodo de dispersión.

Ante un presente incierto y precario y un futuro que se perfila poco prometedor, se identifica un elemento de fortaleza: la colaboración entre familiares cercanos. Tal solidaridad lleva a preguntarse en qué condiciones los hijos pueden contribuir de manera más significativa al hogar paterno: ¿cuando pertenecen a él, o cuando lo han dejado?

Además de la contribución de Oportunidades a la modificación de la duración del periodo de expansión del ciclo doméstico, se identifica que su influencia en términos de corto y largo plazo es variable, no sólo haciendo difícil la comparación entre hogares distintos, sino incluso a través del tiempo en uno solo.

En suma, se entiende que la influencia del Programa en la vida cotidiana de los hogares beneficiarios deberá redundar en efectos a largo plazo, pero no debe olvidarse que la consecución de los objetivos finales no depende del diseño y los componentes que integran la ayuda, sino de las condiciones nacionales, regionales y locales en las que se desenvuelven las familias.